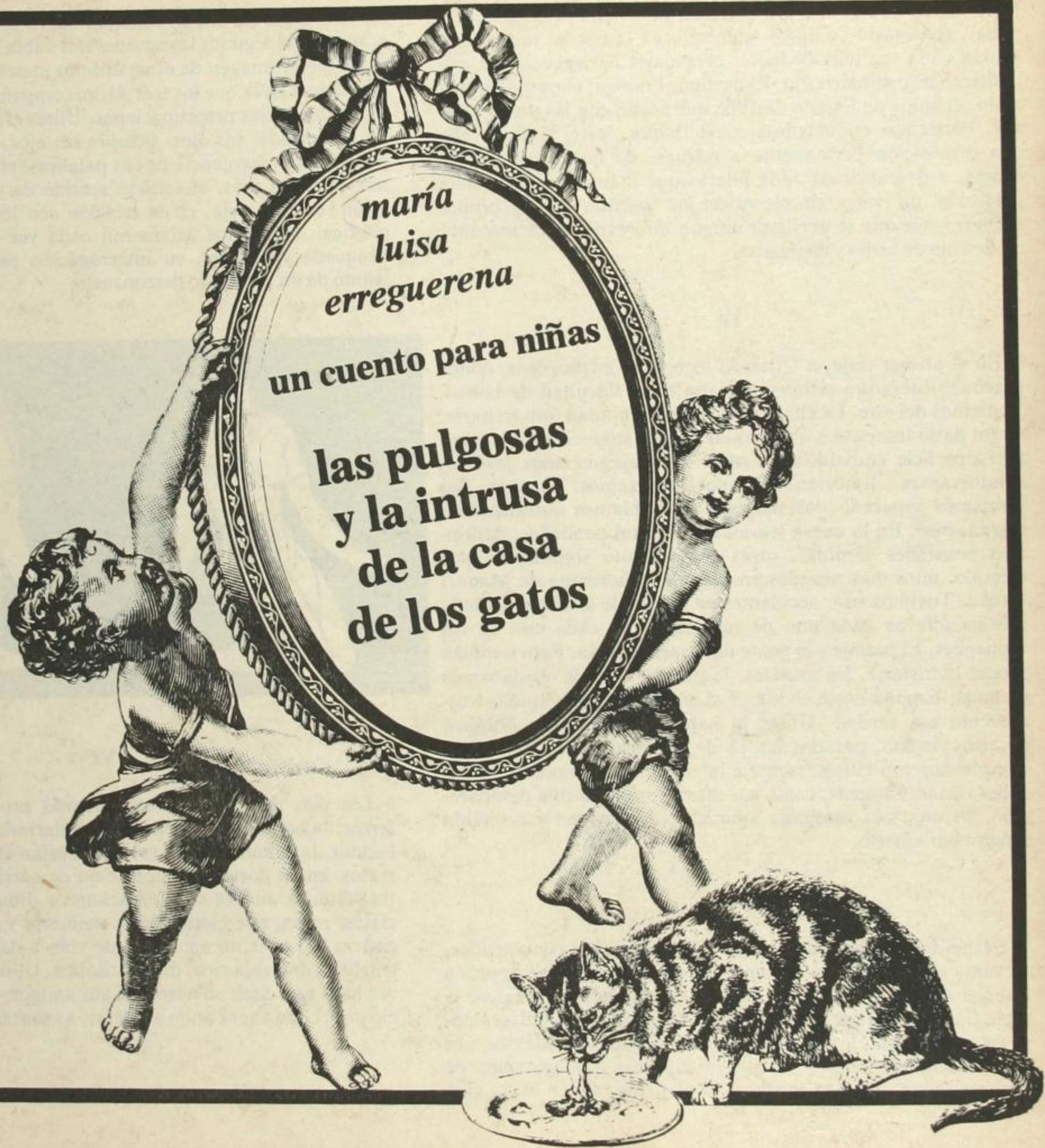


maría
luisa
erreguerena
un cuento para niñas

las pulgosas
y la intrusa
de la casa
de los gatos



Cuando una de las Pulgosas descubrió que en la casa de los gatos había una intrusa llamó a una junta urgente. Las tres Pulgosas (en aquel tiempo éramos tres y teníamos 11 años) nos reunimos en el cuarto de Marta. La intrusa —Patricia la había visto bien— era una joven que con una desfachatez envidiable había limpiado todo y sacado a los gatos, había también puesto una especie de cama que ocupaba prácticamente todo el espacio de nuestra guarida.

Las Pulgosas debíamos, de alguna manera, nuestro prestigioso nombre a los gatos. La guarida era un bajo de escalera en el edificio en que vivíamos y que poca gente conocía; lo teníamos hace un par de meses para juntarnos a discutir cosas de nuestro club. Los gatos vivían ahí antes que nosotras, por eso no los molestábamos, y a veces hasta les llevábamos leche y cosas así. En verdad ellos tampoco nos molestaban a nosotras. A las que sí molestaban un poco era a nuestras madres, que habían inventado todo tipo de tretas para acabar con las pulgas que los gatos, amablemente, compartían con nosotras. Aunque también es verdad que a ratos se resignaban un poco y las dejaban estar.

Decidimos espiar a la intrusa y luego hablar con ella. Se pasaba la tarde fumando y escribiendo en una libretita gris que guardaba abajo de su almohada; en las mañanas salía y parecía una buena persona.

Hablamos con ella. Patricia, que siempre fue la encargada de esas cosas, le explicó pacientemente que esa era la casa de los gatos y nuestra guarida y que ella debía irse.

La intrusa nos invitó a pasar y nos dijo que se llamaba Simone (que se escribe Simone y se pronuncia Simón). Las tres Pulgosas estuvimos de acuerdo en que era un lindo nombre. Nos explicó que tenía 22 años, que se había peleado con sus papás, que vivían en ese edificio, y que no quería regresar; nos explicó también que pensaba quedarse sólo unos días. Fue razonable. Nos dijo que no tenía inconveniente en que nosotras tuviéramos las juntas cuando ella saliera, y que los gatos no la preocupaban porque los conocía bien y sabía que pronto encontrarían otra casa, incluso mejor que aquella.

La verdad es que nos fue simpática; nos dijo con una sonrisa que le gustaría ser nuestra amiga y que podíamos ir cuantas veces quisiéramos y, lo mejor de todo, no nos preguntó los secretos de nuestro club.

La junta de aquella tarde fue nuevamente en el cuarto de Marta. Patricia quería echar de ahí a Simone, Marta y yo estábamos en desacuerdo. Lo discutimos y ganamos por mayoría. Además, con un gesto digno de las Pulgosas, decidimos ayudarla. El plan era robar comida y llevársela sin ser vistas. Patricia, aunque no muy convencida, aceptó porque después de

todo era emocionante y, además, porque empezamos a inventar historias sobre Simone. Marta dijo que tal vez fuera una princesa o algo así y que estaba escondiéndose de quien quería quitarle el trono. Patricia decía que tal vez era una delincuente peligrosa que huía de la policía. Yo, como siempre la más realista, me quedaba con la historia de los papás y pensaba en padres malos y regañones; nada demasiado original.

Simone al otro día nos recibió con la misma sonrisa, y cuando vió las latas de comida que habíamos robado para ella (Patricia jura que la vió llorar de emoción pero yo no vi nada) nos dijo que nos lo agradecía mucho, pero que no lo volviéramos a hacer. Nos enseñó una estufita eléctrica que había comprado y nos invitó café. La verdad es que las Pulgosas no tomamos café, más bien lo odiamos porque sabe amargo. Pero aquella tarde aceptamos tomar un poco, más que nada para que Simone no se diera cuenta de que todavía no eramos grandes.

Simone había leído prácticamente todos los libros del mundo. Nos contó ese día que trabajaba en un lugar donde se hacían libros y que ella, por supuesto, los escribía todos. Las Pulgosas quedamos convencidas desde entonces de que Simone era una artista famosa y que vivir en nuestra guarida formaba parte de su original y extraordinaria forma de vida.



Nosotras le contamos algo, aunque no mucho desde luego, de nuestro club. Le dijimos que no teníamos miedo de las pulgas ni de cada nada. Le contamos de aventuras que habíamos tenido juntas y Patricia le dijo que eramos las chicas más aplicadas de la escuela (Marta y yo pensamos que no era necesario decir una mentira como aquella).

Desde entonces Simone se ganó nuestra confianza, sobre todo cuando resolvió el caso de las "Hermanas Diabólicas". Resulta que en el colegio había dos hermanas que querían ser del club de las Pulgosas. Nosotras no estábamos seguras si aceptarlas o no, así se lo explicamos a Simone y ella nos dio una buena idea: ponerlas a prueba. La idea era buena pero ¿cuál prueba? Marta pensaba que la prueba fuera comerse una papa cocida, hirviendo todavía, con todo y cáscara y de un sólo bocado. Patricia propuso que si ellas podían estar al sol, sin tomar agua, un sábado y un domingo, podrían entrar al club. La mejor idea fue la de Simone: propuso que fuéramos a un día de campo y que invitáramos a las hermanas. Si ellas nos caían bien y hacían todo lo que nosotras hacíamos —subirse a los árboles y esas cosas—, podrían ser del club.

Fuimos al día de campo. Las hermanas resultaron un absoluto fracaso. Para empezar, llevaron falda en lugar de pantalones (como era el acuerdo de las Pulgosas). Pero eso no fue lo peor. A la hora de comer, las tortas que llevábamos nos las repartimos

entre todas. La verdad es que las Pulgosas no cocinábamos bien; y el caso es que Patricia llevaba unas de huevo revuelto (más bien quemado que cocido) que no sabían tan mal. Sólo que cuando una de las hermanas le dijo, quizás inocentemente, que a ella los huevos revueltos le salían muy bien, Patricia saltó sobre ella gritando que no pararía hasta ver sangrando su nariz. Tuvimos que detenerla y con la poca paciencia que nos quedaba aguantarnos a oír que las hermanas nos platicaran que ellas ya tenían novios. Fue lo último; las Pulgosas decidimos que no entrarían al club y nos regresamos a casa.

Cuando llegamos Simone se había ido. Se llevó su cama y dejó como olvidada la estufita eléctrica con un recado.

Pulgosas:

Tengo que irme, pues un barco detenido me necesita para tomar el mar. Les dejo la estufa con una buena parte de mi afecto. Cúdense mucho y, sobre todo, sigan siendo como son. No cambien.

Simone

Le agradecemos que evitara las despedidas. Lo del barco se lo creímos a medias, y después de unos días la guarida volvió a ser la casa de los gatos. J

